

Cuando Borges dice que todos los relatos del mundo (y, por lo tanto, los suyos) pueden resumirse en tan sólo cuatro historias, a saber: el sitio de una ciudad, el retorno al lugar de origen, la búsqueda y la crucifixión de un dios, no nos ayuda mayormente, o nos entrega una pista muy magra para afrontar la lectura de sus cuentos. Esta certeza borgeana supone que sus relatos no son sino la repetición de estos cuatro temas y explicaría la obsesiva reiteración de sus argumentos, lo que contribuye a configurar la forma laberíntica de sus mundos.

La imagen del laberinto, acuñada por la crítica y por Borges mismo, suscita una serie de connotaciones que acentúan su validez como metáfora del mundo: el carácter intrincado de sus formas, las reiteraciones temáticas, el tiempo circular, las simetrías, la vastedad y complejidad de las representaciones, etc. Y desde el punto de vista del efecto que dicha imagen provoca en los lectores están la atracción hacia lo desconocido, el deseo de aventura y, en último término, la búsqueda de un saber.

Los textos borgeanos nos ponen a la vista la inmensa vastedad del mundo. Están allí todos los espacios y culturas: América, Asia, África... Grecia y Roma; el Oriente... China, la India... Los misterios inagotables de las más inesperadas filosofías y religiones: las ideas religiosas de los griegos, quienes sabían que no somos sino sombras de un sueño; la idea del eterno retorno de Brahma y Zaratustra; los dioses hindúes; el dios de los hebreos y de la Cábala... Ortodoxos y heterodoxos y filósofos de las más diversas escuelas: Nietzsche, Schopenhauer, Hume, Berkeley...

También nos presentan un país —Uqbar— que jamás ha sido conocido por un ser humano y que él descubre gracias a “la conjugación de un espejo y una enciclopedia” (1). Un planeta inexistente —Tlön— que fue inventado por una secta secreta que había elaborado una verdadera enciclopedia de este planeta ilusorio y que Borges encuentra en la casa de un amigo de su padre.

Sin embargo, hay más: bajo la escalera del sótano de una casa, que va a ser demolida, encuentra el Aleph (2), que no es sino el microcosmos de los alquimistas y cabalistas; un lugar donde está concentrado —sin confundirse— todo el orbe. Luego, el encuentro con el Zahir, aquel objeto que tiene la propiedad terrible de ser inolvidable y cuya imagen, eternamente presente, termina enloqueciendo a la gente.

Esta es la materia borgeana: fascinante, fantástica, misteriosa; un mundo confuso: un laberinto. Sin duda son la curiosidad y el encanto los que nos llevan a sumergirnos en este mundo de misterios que nos atrapa. ¿Cómo salir de él? Esta es la pregunta que nos ocupa.

Hay en la mitología un personaje que ayuda a Teseo a salir del laberinto de Creta: Ariadna. Ella, que es su amante, le entrega el hilo que lo conduce a la salida.

En la mitología borgeana es el propio Borges —a través de sus textos— quien nos entrega ese hilo. En efecto, uno de los temas de sus relatos es la búsqueda. Esto nos parece importante de tener presente en el proceso de la lectura, pues, bien puede entenderse que al seguir el curso de esas búsquedas no hacemos sino cogernos de un hilo que nos conduce a la salida del laberinto.

Innumerables son los relatos de búsqueda. Ahora ¿qué es lo que buscan los protagonistas?

Tenemos a un legionario romano (3) que busca la secreta ciudad de los inmortales. Su búsqueda lo llevó por oscuros y temibles lugares; tuvo que cruzar desiertos y afrontar los más grandes peligros. Cuando ya estaba seguro de que no lograría su empresa, vio la lúgubre ciudad. Ese día todo le fue revelado: sintió que él mismo era un inmortal; el mismo buscador de los inmortales es el inmortal.

Tenemos a un mago que creó a su hijo soñándolo (4). Siempre había querido este hijo. Una vez que lo hubo acostumbrado a la realidad se propuso hacerle olvidar su aprendizaje, para que nunca llegase a saber que era un fantasma. Sin embargo, llegó un día en que él mismo comprendió que él era

una apariencia y que, como su hijo, estaba siendo soñado por otro. Comprendió esto cuando supo que “la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos”.

Tenemos también a un estudiante hindú (5) que, después de muchos años de búsqueda, llega a la convicción de que existe, incluso entre los más aborrecibles hombres con los cuales le toca convivir, un momento luminoso, un gesto de ternura que refleja la presencia de otro hombre que no está y que es necesario conocer. Dedicar entonces su vida a buscarlo y lo encuentra. ¿Y qué descubre? Borges nos sugiere que el estudiante de Bombay encuentra en Almotásim —que así se llamaba este hombre— una imagen de sí mismo. Es decir, que el destino de su peregrinación era él mismo; que buscador y buscado eran idénticos.

Tenemos, por último, a un policía (6) que busca a un criminal y que, gracias a su imperturbable poder de razonamiento, cae en un laberinto —que es una trampa también— trazado por el criminal, y se convierte en víctima. Lönrot, el protagonista, es atraído por una falsa conjetura (el “Tetragramaton”) a la quinta de Triste-le-Roy, una especie de laberinto, como hemos dicho, donde se encuentra con que la supuesta víctima es él mismo y aquella (Scharlach), su victimario. Lönrot ha ido a la búsqueda de la verdad y se ha encontrado con su propia muerte.

En los relatos que hemos reseñado, como en muchos otros (7), tenemos a personajes que buscan (o a veces esperan) y que al final se encuentran a sí mismos. De modo que la salida del laberinto, motivo de sus búsquedas incesantes, no consiste sino en el hallazgo del propio yo.

Pero ¿en qué momento se produce este encuentro? ¿cuándo el hombre es capaz de oír su nombre o ver su yo como en un espejo?

Borges nos dice que el hombre puede saber quién es en el momento en que se enfrenta con su muerte y que este conocimiento corresponde a lo que en el Islam se llama “la Noche de las Noches” (8), aquella en que “se abren de par en par las secretas puertas del cielo”.

Este instante de revelación lo vive, por ejemplo, Otárola (9) cuando comprende, antes de morir, que desde el principio lo han traicionado, que ha sido condenado a muerte... Sólo entonces Suárez, su victimario, procede a matarlo.

Lo mismo le ocurre a Jaromir Hladík, el protagonista de *El milagro secreto* (10), quien supo quién era —el autor de la tragedia “Los Enemigos”— sólo en el instante comprendido entre la orden de su fusilamiento y la ejecución de dicha orden. En ese breve instante, que fue un año entero en la conciencia del condenado, pudo éste concluir su drama. Sólo entonces pudo integrarse al flujo natural del tiempo y caer bajo la descarga de los fusileros.

Esta parece ser la respuesta que nos entregan los textos borgeanos a la pregunta central que nos hemos planteado. El hombre busca salir del laberinto que es, como hemos dicho, representación simbólica del mundo y de la vida, y se encuentra consigo mismo en el momento previo de su muerte; momento de revelación en que el que muere sabe quién es y el que sabe quién es está muerto o debe morir.

Y esta figura simbólica nos coloca al mismo Borges en la búsqueda de su propio rostro. El ha pintado el mundo como un laberinto y va, junto con sus héroes (y nosotros los lectores junto a ellos, porque andamos buscando lo mismo), en un esfuerzo reiterado y paciente, a la búsqueda de nuevas muertes, porque es la muerte “la suma de la vida”, la clave que da sentido a la vida —su vida, la nuestra— y al Universo.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", en BORGES, Jorge Luis, *Ficciones*, Buenos Aires, EMECE Editores, 1966.
2. "El Aleph", en BORGES, Jorge Luis, *Narraciones*, Barcelona, Ediciones Orbis S.A., 1982.
3. Nos referimos al cuento "El Inmortal".
4. "Las ruinas circulares", en *Ficciones*, pp. 59 y ss.
5. "Acercamiento a Almotásim", en *Ficciones*, pp. 35 y ss.
6. El policía es el protagonista de "La muerte y la brújula".
7. Aparte de los cuentos referidos en este artículo podemos agregar "El Sur", Biografía de Tadeo Isidoro Cruz", "El Fin", "Hombre de la esquina rosada". En todos ellos los protagonistas van al encuentro de su propia verdad.
8. Véase *Ficciones*, p. 18.
9. "El Muerto", en *Narraciones*, pp. 119 y ss.
10. "El milagro secreto", en *Ficciones*, pp. 159 y ss.